

# Autobiografía de un fermosellano-argentino

Pedro César Regidor Regojo

Me llamo Pedro César Regidor Regojo. Nací en Fermoselle, provincia de Zamora, el 27 de agosto de 1923 y a punto de cumplir ochenta y dos años trato de relatar brevemente mi vida como emigrante de España.

Mi padre, Eulogio Regidor Almendral, nació en el mismo pueblo y emigró a la ciudad de Santa Fe donde fue propietario de un cine llamado “Ideal” que años después se incendió. Instaló luego una puntillería denominada “España” y después de algunos años decidió regresar a su tierra natal.

Ya en Fermoselle, conoció a mi madre, Pilar Regojo Labrador, con quien se casó teniendo veinte años de edad más que ella. Nacimos mi hermana Florentina y luego yo con un año y medio de diferencia. Siendo muy pequeño mis padres decidieron que fuésemos a vivir a Pereña.

Teniendo cinco años de edad mi padre falleció a raíz de una neumonía después de ocho días de declararse la enfermedad. Los únicos recuerdos que atesoro de mi padre es que me llevaba tomado de la mano a juntar moras y haber ido a comer pulpo asado con él y sus amigos en un lugar donde se reunían frecuentemente.

Cerca de nuestra casa vivían unas maestras que nos invitaban a tomar chocolate, así que cuando las veía inmediatamente exclamaba: “¡Dadme chocolate! ¿No me dáis?”, lo que provocaba risueños comentarios entre ellas y mis padres.

Debido al fallecimiento de mi padre, mi madre decidió que regresáramos a Fermoselle a vivir con mi abuelo materno, Manuel Regojo Borges, quien recientemente había quedado viudo. Ese abuelo fue quien suplió mi orfandad con amor incondicional. Fue sumamente protector y quien logró que mi infancia transcurriera sin que los fantasmas de la inseguridad y el desamparo me rozaran. Íbamos mucha veces a cazar perdices con el reclamo por los campos

aledaños, pescábamos en el Duero y paseábamos por sus orillas; la Peña Redonda y el Piélagos fueron lugares que también recorrí en su compañía. La huerta de mi abuelo fue el lugar donde recogíamos las frutas y hortalizas que allí se cultivaban. Durante el verano nos bañábamos en el piletón de piedra que acumulaba agua para el riego.

Concurrí a la Escuela de la Plaza Mayor donde completé el ciclo primario. Recuerdo especialmente al maestro Don Valentín Carrascal Carrascal, famoso por su severidad. La conjugación de los verbos fue un escollo en el aprendizaje. El maestro, cansado de nuestra falta de empeño en aprender ese tema, vació nuestros bolsillos que estaban llenos de canicas y las puso en una caja sobre su tarima. Prometió que a los dos días, aquellos que supiesen conjugar todos los tiempos y modos obtendrían la mayor cantidad de bolitas. Cumplido el plazo, puedo asegurar que la gran mayoría de los alumnos habíamos aprendido tan espinoso tema y después de una salomónica repartija [sic] quedamos todos contentos.

Los recreos transcurrían en la plaza y allí con mis compañeros y amigos compartí juegos y peleas por doquier.

Durante las tardes hacíamos escapadas al puente del Tormes y al Piélagos del Duero. Jugábamos a la pelota a mano en las paredes del Castillo, a la bigarda, a las bolitas... A veces el billar que estaba en el café era nuestro entretenimiento.

Integré un equipo de fútbol donde puse más corazón y empeño que destreza en el juego. Desde los doce hasta los catorce años fui Flecha en la Falange, donde el Jefe que había en el pueblo me designó como ayudante encomendándome el trabajo de analizar la graduación alcohólica de los vinos, tarea que cumplía con esmero.

Pertenecí a la Acción Católica que exigía ir a la Iglesia los domingos por la tarde para rezar el Rosario. Varias veces preferí concurrir a clases de comunicación con el uso de banderas, teniendo como clase alfabeto morse, lo que tuvo como consecuencia que me sancionaran y eso determinó que dejara de integrar el grupo católico de manera formal. De todos modos, en nuestra casa rezábamos el Rosario todas las noches, como se acostumbraba en la mayoría de los hogares del pueblo.

Terminada la escuela primaria recibí clases particulares durante dos años de parte del Administrador de Aduanas quien hizo que me ejercitara especialmente en matemáticas y algo menos en otras disciplinas. Siendo Don Paco Petisco maestro de la escuela, viajó a Madrid de donde era oriundo y al regresar llevó al pueblo un aparato de radio, invitando a padres y alumnos a escucharla. Por primera vez oímos una transmisión desde Radio España. La expectativa fue enorme ante tal invento y aunque las voces que se percibían llegaban mezcladas con extraños sonidos e interferencias, todos vivimos maravillados el suceso.

Cuando estaban construyendo el Casino que funciona en el Castillo, un obrero llevaba un madero sobre su hombro y al salir corriendo de la escuela recibí un fuerte golpe en la frente que me causó una herida de consideración y pérdida de la conciencia durante un rato. La cicatriz quedó para siempre.

Participé de las fiestas que se hacen en el pueblo durante el mes de agosto con corridas de toros y verbenas. Para las corridas de toros se armaba en la plaza el espacio necesario con talanqueras dispuestas en forma circular y que servían de tribuna para los espectadores entre los que me encontraba, aunque a veces prefería corretear entre el bullicio de la gente con otros chicos.

Paseábamos por la Ronda donde comprábamos chochos y cacahuets al tío Triki. Subíamos a los Chiscanos a buscar chopos para disfrutar del sabor dulce de sus tallos. Cuando se hacían las fiestas de San Albín era costumbre que se cocinaran los hornazos que luego comíamos en el campo. En los festejos de Santa Cruz se tomaba chocolate acompañado con pasteles y otros dulces. En ambas fechas prácticamente todos los pobladores participaban. Las danzas y la música ponían el toque de alegría que propiciaba el inicio de romances entre las mozas y mozos del pueblo.

Hice algunos viajes a Zamora donde vivía la señora Fernanda Vaquero, de cuyo hijo Santiago era amigo; vivían en la calle La Brasa N° 1 frente al Correo y en esas ocasiones pude conocer las reliquias históricas que se encuentran allí.

Cuando se terminó de construir el Casino en el viejo Castillo, instalaron un cine al que íbamos los domingos a la una de la tarde a ver películas de cow-boys. Celebrábamos con aplausos y gritos de aprobación cuando los bandidos eran aprehendidos y castigados y el imperio de la ley triunfaba.

La historia de la emigración familiar comenzó con mi tío José María César Regojo, quien a los 14 años, por problemas económicos, tuvo que ir a trabajar a San Sebastián, luego a la isla de La Madera [sic] y por último partir hacia la República Argentina.

Se instaló en Buenos Aires trabajando como vendedor en un negocio importante llamado “Los Gobelinos” que se dedicaba a tapicería y venta de alfombras. Más tarde se radicó en una población cercana a la Capital llamada Ranchos, donde se empleó en una tienda de un señor de su amistad. Transcurridos unos años compró un negocio y llamó a su hermano Fernando para que también se radicase en este país. Desde entonces trabajaron juntos consiguiendo una situación económica satisfactoria.

Siguieron viniendo familiares. En el año 1934 a los dos tíos se unieron mi tía Visitación con su esposo, Antonio Garrido y su pequeña hija, Pilar.

Ya en Argentina nacería María del Carmen, su segunda hija. Con ellos vino al país mi hermana Florentina.

En el año 1938, en plena Guerra Civil española, mi abuelo y mi madre resolvieron reunirse con la familia, para lo cual debíamos abandonar una

España que en esos momentos vivía instancias muy difíciles y dolorosas. Debido a errores cometidos en la confección de la documentación mi madre y mi abuelo debieron retrasar su partida. Yo salí el 10 de julio de 1938 de Feroselle pasando por Fuente [sic] de Oñoro para ir a Lisboa en compañía del Sr. Antonio Mayor, que era amigo de mi abuelo. Allí por primera vez vi el mar y fui a la playa. El horizonte cambió haciéndose más lejano y creí ver el infinito allí donde el cielo y el mar parecen juntarse.

El 20 de julio embarqué en un buque de la Compañía Hamburguesa-Sudamericana llamado “Monte Oliva”.

Para mi todo era aventura y novedad; se organizaban fiestas y juegos. Había cine, piscina y la camaradería reinaba entre los viajeros. Aun no había cabida para la nostalgia. En el barco venían chicos de distintas nacionalidades y logré hacer amistad con uno de ellos que era polaco y a pesar de las diferencias idiomáticas lográbamos entendernos con gestos y señas.

El navío hizo escala en las Islas Canarias y luego en Río de Janeiro donde pudimos descender y hacer un paseo en automóvil recorriendo esa maravillosa ciudad y del mismo modo pasó al llegar a Montevideo.

El día 10 de agosto desembarqué en Buenos Aires donde me esperaba mi tío José María César y a los pocos días, luego de visitar los lugares más importantes de la capital argentina, emprendimos viaje hacia el lugar donde residiría. Llegamos a Ramón Santamarina (Distrito de Necochea), viajando en autobús y todo el paisaje escarpado y montañoso de mi Feroselle natal, que llevaba grabado en mi memoria, fue cambiado por un trayecto que parecía interminable, completamente llano, donde por cientos de kilómetros se sucedían los campos cultivados y otros con gran cantidad de ganado. Las poblaciones por las que pasamos estaban muy distantes entre sí. Comprendí que la Argentina era enorme y poco poblada en relación a lo que yo conocía.

Mis tíos tenían en la población mencionada un negocio de tienda donde al día siguiente de llegar empecé a trabajar barriendo y limpiando el local. Pasó el tiempo y mi abuelo y mi madre seguían en Feroselle. Vendió mi abuelo la casa, la huerta, todos los enseres domésticos y compraron los pasajes para venir en búsqueda de la unidad familiar. Corría el año 1939. Se declaró la Segunda Guerra Mundial y estando en Vigo, ya listos para embarcar, se suspendió el viaje por causas del conflicto bélico y tuvieron que volver al pueblo. Ya no tenían casa, pero hubo amigos que los hospedaron transitoriamente. Mi madre consiguió trabajar como encargada de un comedor de Auxilio Social donde se mitigaban las necesidades de las personas más carenciadas [sic]. Luego vivieron en la casa de una tía a la que le habían matado el marido durante la guerra y que estaba ciega. Mi madre le brindó cuidados y compañía durante años. Yo aquí vivía lo más feliz que podía, pero muchas noches las pasé despierto mirando el techo de mi habitación, añorando la presencia de mis seres queridos y mi tierra natal.

Concluyó la Segunda Guerra Mundial y, recién en el año 1947, pudieron venir a la Argentina. Una de las cosas que más me impactó fue el ver bajar a mi abuelo del barco. Había ido a Buenos Aires con mi tío José María César a buscarlos. Bajó la escalerilla casi corriendo y después de nueve años su figura se había empequeñecido y un velo de ancianidad lo envolvía. Yo había dejado un abuelo encanecido pero físicamente fornido, vigoroso, ágil, y vi que el tiempo lo había deteriorado cruelmente.

Pero mi abuelo cumplió un sueño: volvió a abrazar a su hijo mayor después de más de cuarenta años de separación. Vivió un año más, solamente. Creo que vino para despedirse. Mi madre, por suerte, vivió muchos años con nosotros y falleció cuidada y mimada en casa de mi hermana.

Contaba mi madre que durante años lloró todas las noches recordando a sus hijos que se encontraban tan lejos. Mis tíos llegaron a ser propietarios de cinco negocios de los que fui administrador participando de los beneficios que producían. Trabajé con gran sentido de la responsabilidad y si bien me gustó pasear y divertirme esto nunca interfirió en el cumplimiento del deber y de las obligaciones asumidas.

Durante mi juventud jugué como aficionado al fútbol y luego fui dirigente organizando torneos infantiles y de adultos con el auspicio de nuestros negocios.

Durante un tiempo integré con un grupo de amigos un conjunto teatral, siendo los beneficios económicos que obteníamos para el Club Social donde llevábamos a cabo las representaciones.

Ya mayor, jugué al golf aproximadamente diez años en el Club de Golf de Sierra de los Padres. Iba todos los domingos con dos amigos que ya fallecieron y pasamos allí momentos de camaradería inolvidables en un lugar donde la naturaleza se brinda con todo su esplendor.

El 2 de marzo de 1956 contraí matrimonio con Primitiva María Martín, hija de Antonio Martín, salmantino, y de María de las Nieves Gómez Cabezas, almeriense. Tuvimos tres hijos: el mayor, Cesar Antonio, que es arquitecto; luego nació Mónica Nieves que es médica especialista en reumatología y por último Manuel Andrés que se recibió de Ingeniero Civil. Pudimos brindarles las condiciones necesarias para que realizaran sus estudios y ellos respondieron brindándonos grandes satisfacciones. Actualmente ejercen con éxito sus profesiones en la ciudad de Mar del Plata, donde residimos desde el año 1971. En esa época fue cuando con mis tíos decidimos vender los negocios que teníamos y que he mencionado anteriormente. Creíamos que nuestra venida a Mar del Plata sería para gozar de la tranquilidad que da la estabilidad económica a la vez que nos radicábamos en una ciudad donde nuestros hijos podían seguir estudiando. Los negocios se vendieron en las condiciones normales y razonables para ese momento. Al poco tiempo la devaluación del

peso y la inflación incontenible y salvaje que hubo nos hicieron perder el beneficio de muchos años de trabajo. Con una base económica casi destruida retomé la lucha y trabajé incansablemente para sostener las necesidades de mi hogar y mi familia.

Tenemos seis nietos de los cuales cuatro son de mi hijo Manuel Andrés: Joaquín de 18 años y cursa el primer año de Ingeniería Civil en la ciudad de La Plata; Nicolás de 16 años y Federico de 14 años realizan los estudios correspondientes al secundario y la pequeña María Victoria de 10 años aun en la escuela primaria.

De mi hijo mayor, Cesar Antonio, tenemos dos nietas: Sara con 14 años y María de los Milagros de 13 años, quienes también realizan estudios secundarios. Los hijos y los nietos son quienes nos brindan las mayores alegrías. Ver que están bien, que son personas honestas y apreciadas, justifica con creces cualquier esfuerzo realizado.

En el año 1990 cumplí un anhelo largamente esperado. Volví a España con mi esposa. Llegamos a Madrid y paseando cerca de la Puerta del Sol vimos un anuncio que ofrecía viajes directos en autobús desde “Madrid a Fermoselle”. Al día siguiente emprendimos el camino tan anhelado. La emoción y la ansiedad me dominaron a tal punto que no pudiendo permanecer en mi asiento, fui a conversar con el chofer. Tenía la impresión de que así se acertaba el viaje. Ya en el pueblo, cuando descendí del vehículo que nos transportó, empecé a caminar mirando todo lo que me rodeaba sin advertir que atrás habían quedado mi señora y el muchacho que nos llevaba las maletas. Conseguí visitar la casa que fue de mi abuelo comprobando que se encuentra igual que cuando vivía en ella. La única diferencia es que en el lugar que ocupaba un balcón han construido un baño que cuenta con las instalaciones sanitarias que antes no existían. La casa se encuentra ubicada en la calle Requejo, en el Terradillo. Recorrí con mi esposa el pueblo por sus calles angostas y empinadas y me reencontré con familiares lejanos y algunos conocidos. Ese entorno hizo que sintiera que me hallaba en un lugar de pertenencia. Fuimos a Madrid nuevamente y regresamos a Fermoselle la última semana de las festividades del mes de Agosto. En esa ocasión disfruté el hecho de volver a ver algunos que habían sido compañeros y amigos en la infancia y que van al pueblo en esas fechas. Comentamos las causas que motivaron la dispersión: primaron las razones laborales y económicas. Visitamos también otras ciudades de España: Zamora, Salamanca, Toledo, La Coruña, Vigo, Santiago de Compostela, Barcelona y en el sur Almería, Málaga, Marbella, Córdoba, Granada, Sevilla... También recorrimos Italia y Francia conociendo sus principales ciudades.

El segundo viaje a España fue en el año 1997. Nos hospedamos en Fermoselle en una pensión cercana a la Plaza Mayor. Allí fueron las campanadas del reloj que hay en el Ayuntamiento las que me hicieron retornar mental-

mente a mi infancia. Ese sonido había acompañado la entrada y salida de la escuela y los momentos en que debía dejar de jugar para retornar a mi casa, porque me señalaba la hora que mi madre había dispuesto para que me hiciera presente en mi hogar.

Fuimos a Pereña a visitar la tumba de mi padre. En el pueblo aun quedaban personas de avanzada edad que lo recordaban. En el cementerio la hierba crecía libremente sin que se pudiera observar ninguna señal del lugar donde fue sepultado. Rezamos una oración y dejé las flores que llevaba cerca de la puerta de entrada.

Fuimos después a la Costa del Sol, recorriendo diversos lugares y regresamos a la Argentina, después de disfrutar del hermoso clima y las extensas playas de la zona.

Hemos viajado conociendo toda la República Argentina y los países limítrofes: Brasil, Paraguay, Chile y Uruguay.

Hoy sigo viviendo en la ciudad de Mar del Plata con mi esposa. Nuestros hijos y nietos son muestra mayor alegría. La familia y el trabajo han hecho que fuertes raíces me unan a esta tierra generosa donde fui recibido sin condicionamientos de ninguna especie. Solemos asistir a fiestas y reuniones en el “Centro de Castilla y León” que se encuentra en la ciudad, donde pasamos momentos muy gratos con personas que también tuvieron que dejar la tierra natal en busca de posibilidades de progreso.

Creo que España es como la madre que me dio la vida, me transmitió sus principios y cultura amándome incondicionalmente. La República Argentina es como mi esposa con quien convivo y comparto todo: amor, compañía, comprensión, proyectos.

España y Famoselle en especial, juntamente con la República Argentina, forman parte de mi vida, uniéndome a ambos lugares sentimientos profundos e irrenunciables. Seguiré añorando mi tierra natal pero me encuentro perfectamente integrado al país que me dio acogida y donde llevando una vida sencilla y anónima siento que he hecho un aporte positivo a la sociedad en la que vivo.